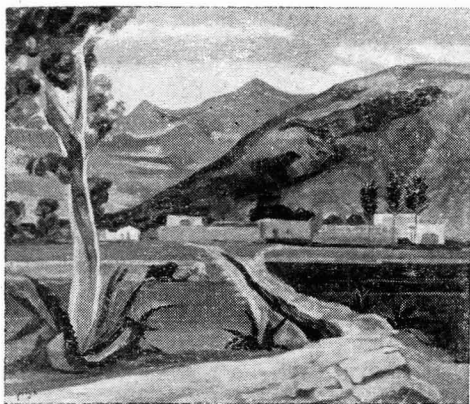


dad e inquietud. Los ejemplos son pocos: Montoya, Gloria Calero, Castro Pacheco, Alfonso Michel, Nacho Aguirre, Anguiano... Estrada. Se necesita una buena sacudida de repeticiones y manierismos en lo que incluyó a artistas ya consagrados o que se lo creen.



Mège, "En los montes"



Montoya, "Naturaleza muerta"

NO, yo no creo en las musas—nos dice, sonriente, don Martín Luis Guzmán, sentado tras su escritorio de director en la revista *Tiempo* que fundara hace trece años. Pero es primordial el impulso de creación estética. El escritor, como todo artista, tiene una materia qué expresar; y deber tener dominio de su arte y capacidad para comunicarlo.

Ha contestado la pregunta de nuestra preocupación literaria. ¿Cuál es el secreto del estilo bello, del pensamiento claro y del lenguaje transparente del creador de *El Águila y la Serpiente*, *La Sombra del Caudillo* y *Memorias de Pancho Villa*?

—Uso el castellano vivo— nos ha dicho—, el castellano que consagraron los grandes creadores y el del pueblo. Pero no rechazo el empleo de neologismos, en cuanto son indispensables. El pueblo tiene la virtud creadora del lenguaje. El uso acertado de las formas populares puede consagrar esa expresión en el lenguaje artístico. Nuestro castellano, idioma vivo, registra cambios en su léxico, así como en el régimen y en la sintaxis.

EL ESCRITOR Y SU TIEMPO

Martín

Luis

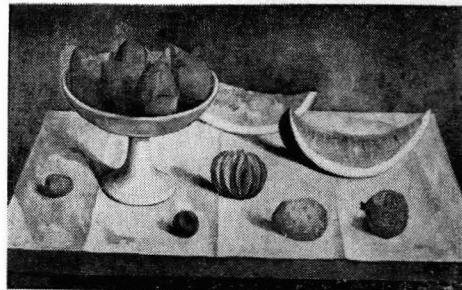
GUZMÁN

Por Mario PUGA

De sesenta y ocho años, magro de carnes, animado el rostro por la mirada brillante, dueño de una voluntad firme y de juventud eterna, Martín Luis Guzmán es el más grande novelista del México revolucionario y uno de los primeros escritores contemporáneos de habla española. Impresiona particularmente por la eficacia de su palabra. Su pensamiento liberal bien decantado se expresa con elegancia directa.

El escritor y el político son en él uno y mismo hombre. Recorrió sin contradecirse el camino de la experiencia y el de las ideas: las ideas del escritor se alimentaron en los hechos del político; los hechos de éste hallaron derrotero y meta en las ideas de aquél. Este hombre que ha sabido traducir en obra de arte lo que antes fue masa de hechos, las más veces bárbaros y confusos, dándoles brillo y desentrañando su significación, se preparó desde los primeros años de su vida para la tarea que cumpliría en su madurez. La influencia paterna, el ambiente, los estudios y las circunstancias históricas que presidieron su desarrollo caracterizaron su individualidad alerta y combativa.

• Arturo Souto —Havre 10— ha tenido abierta una exposición de cuadros nuevos, antiguos y dibujos y manchas de acuarela de diversas épocas. Desde luego que no se aparta del buen oficio que le admiramos, pero sus temas —aunque él no lo sienta— rondan siempre en torno a evocaciones, estampas vistas en la vigilia ensombreada, y hay por ende mucho de artificiosidad y prurito de "hacer cuadros", en más de un ejemplo.



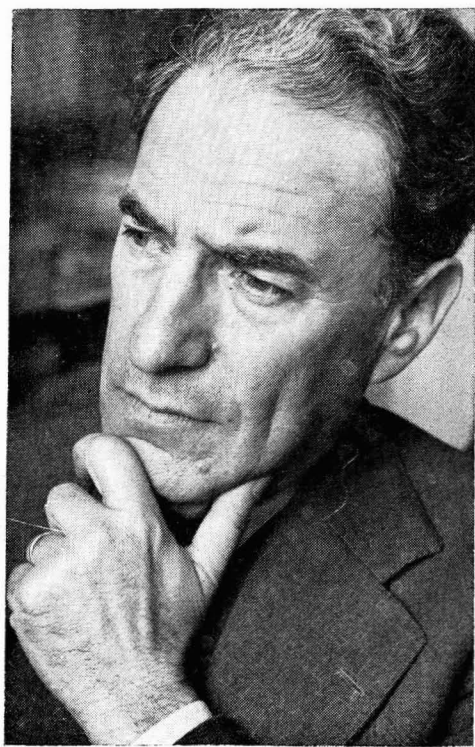
El hombre.

Martín Luis Guzmán nació en la ciudad de Chihuahua el 6 de octubre de 1887, hijo del Coronel Martín Luis Guzmán y de doña Carmen Franco Terrazas. Pero es en Tacubaya donde nace a la vida del espíritu. Su atmósfera de paz elegante y bucólica, le proporciona los primeros estímulos. En este ambiente el niño se inicia en el conocimiento. Una idea, vaga pero alta de Dios, preside sus primeras búsquedas. La enseñanza principal en la escuela era la del catecismo y la rutina predilecta, rezar el rosario cuatro veces al día "de rodillas sobre los bancos y con grande emoción y recogimiento y fervor religioso".

El padre, militar ilustre, de ideas liberales, procura que el niño se aparte de las prácticas eclesásticas, a cambio de una serena y firme religiosidad, de acuer-



...al volver del primer destierro, 1921...



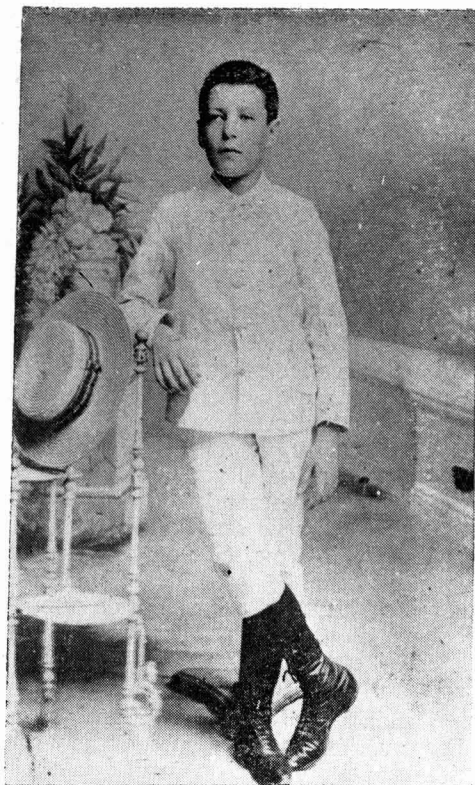
Martín Luis, 1955

do con su norma: "estar cerca de Dios y lejos de sus ministros". El niño se refugiaba, entonces, en la madre, a quien acompañaba a las misiones de la hacienda Condesa, y en las que, con ojos cubiertos de lágrimas, veía cómo el padre Diego, desnudo el busto, se flagelaba las espaldas hasta teñírselas en sangre. El cuadro del tormento expiatorio se grabó profundamente en la memoria de Martín Luis, con su atmósfera de llanto y de contrición, en la penumbra que dejaban las llamas mortecinas de los candiles a petróleo.

El hallazgo de una brújula despertó en él las primeras inquietudes sobre la conducta y la dirección de su vida. La explicación que recibiera del padre, determinó que anhelase tener un norte; y el conocimiento de don Guillermo Prieto, a quien apodaban *el Romancero*, dió al niño otro de sus propósitos: ser un gran liberal.

A los once años, Martín Luis pasó a residir con su familia a Veracruz. A sus primeras lecturas —Juvenal, Juan de Dios Peza— se suman otras que le hablan con mayor vigor: Víctor Hugo, Rousseau, Pérez Galdós y muchas obras que excitaban su inteligencia y sus dudas del mundo en que había nacido. Adolescente de 14 años, asociado a un condiscípulo, publicó un quincenario, *La Juventud*, con el que se proponía influir en las costumbres de su época. Desde entonces Martín Luis Guzmán no abandona el ejercicio de las letras.

Su vocación de escritor se viste con las inquietudes de su tiempo, sus ideas y sus problemas. Labra su vida en una militancia humana que conoce sólo pequeñas treguas, pero que, en verdad, no ha cesado nunca. Desde 1900 siente llegar el torrente de la Revolución, del cual no le cupo inhibirse, pues él es de los que la sienten necesaria. Había descubierto que por bajo del orden y el progreso del General Díaz, bullían el hambre, la injusticia y la desesperanza del pueblo mexicano. Percibió la corrupción administrativa y de las capas sociales, usufructuarias del régimen científico.



...a los doce años...



...a los dieciséis años...

Una loa —recordó Martín Luis Guzmán ante la Academia Mexicana de la Lengua— *había adquirido validez de juicio permanente e indestructible: la entonada por las prósperas colonias extranjeras, que felices de explotar a su anchas la miseria mexicana, ensalzaban a don Porfirio a todo lo ancho de los continentes hasta erigirlo en uno de los grandes constructores mudiales del siglo XIX político, económico y social.*

El político.

Una experiencia universitaria —el primer conflicto planteado con el dictador, en los festejos del 16 de Septiembre de 1910— y el fallecimiento de su padre, el 29 de diciembre del mismo año— a treinta y nueve días de iniciado el mo-

vimiento contra la dictadura, definieron su conducta. Cinco meses después participa en las turbulencias maderistas de la ciudad de México. De ese modo encontró en su vida la política, que teñiría de manera definitiva su actividad de escritor.

En esos momentos concurrió como delegado del Partido Liberal de Chihuahua a la Convención del *Partido Liberal Progresista*, que eligió candidato a la presidencia de la República a Francisco I. Madero y a la vice-presidencia a Pino Suárez. El 20 de noviembre del mismo año, Martín Luis Guzmán y Luis Cabrera fueron designados oradores oficiales en la celebración patriótica. El gobierno maderista, sin embargo, no tuvo paz. El impulso revolucionario desbordó en los estados, y la ambición retrógrada y antihistórica estalló en la ciudad capital.

Victoriano Huerta, en episodios que la Historia ha recogido en toda su crudeza, entronizó la traición y el oprobio. La Decena Trágica ensangrentó a México. Desencadenó la persecución contra maderistas y revolucionarios. Dejaron de publicarse los periódicos; las redacciones y las imprentas quedaron bajo el fuego de la artillería sediciosa. La ciudad carecía de alumbrado y energía debido a que no funcionaba la planta generadora de Indianilla. En estas circunstancias de terror y persecución, Martín Luis Guzmán, acompañado por el ingeniero Alberto J. Pani, lanzó el periódico de oposición, *El Honor Nacional*. Desde sus páginas denunció la intervención extranjera, particularmente la de los representantes diplomáticos de Estados Unidos y de España, que hicieron posible el triunfo de los alzados.

Mas la persecución contra los bravos liberales se agudizó cuando ambos amigos y colaboradores hicieron circular copias mecanográficas de la carta de Roberto Pesqueira contra Juan Flores Magón, quien se había pasado con armas y bagajes al campo de Victoriano Huerta. Seguidos Alberto Pani y Martín Luis Guzmán por la policía, decidieron abandonar la ciudad. En Veracruz embar-



...al salir de la Preparatoria...



...al regresar de la Revolución...

caron rumbo a puertos de Estados Unidos con el objeto de incorporarse a las fuerzas revolucionarias del norte.

Así, Martín Luis Guzmán se encontró metido de lleno en la lucha del pueblo por su libertad y por un nuevo orden de vida. Había despertado a la conciencia histórica y a la responsabilidad social. En su espíritu se plantearon las preguntas más graves que en el escritor pueden darse. ¿Cómo se reflejaría la imagen de la Revolución, cómo las de sus hombres en el espejo de la historia mexicana?

Primera obra.

En su primer destierro —que se prolongó cinco años al triunfar Carranza sobre Villa, tras el fracaso del general Eulalio Gutiérrez con las fuerzas de la Convención— Martín Luis Guzmán intentaría la interpretación del drama mexicano desde un ángulo exterior a los actores. Acometió el intento de una visión unificadora de la historia y la política, que destacase con igual luz e individualidad los acontecimientos de la guerra de independencia, las luchas de Reforma y las de la Revolución. Fruto de este esfuerzo es *La querrela de México* (Madrid, 1915), que el autor consideró insuficiente para el resultado que apetecía.

En su segundo destierro encontró el modo de reflejar esta realidad compleja y profunda, que más allá de sus contradicciones, revela un hilo conductor, un hecho unificante de lo mexicano. Este procedimiento no podía ser externo al drama, objeto del ensayo, sino el procedimiento interno y creador de la novela. Personaje él mismo, del drama y su espectador; él mismo, su autor y su crítico, debió emplear los medios de la novela, de la biografía y de la historia. “La cabal respuesta a cuento (él) se pregunta la encontrará siguiendo en su vida, en sus móviles, y en las consecuencias de sus motivaciones y su carácter, a quienes hicieron la Revolución y la personificaron, según los conoció él, pues ello equivaldrá, al menos en su concepción, a la depuración derramada por los siglos sobre las otras etapas afirmativas de la historia mexicana, igual que acontece con la historia de cualquier pueblo y a despecho de las debilidades que a todo hombre aquejan”.

El Águila y la Serpiente.

Así, la primera obra que emprende y logra con este nuevo enfoque de los acontecimientos, es *El águila y la serpiente*, que siendo novela, participa de la autenticidad de la historia y la biografía. Su naturaleza fundamental de novela, sin embargo, impide considerarla como una autobiografía, como narración de hechos que componen la vida del autor. Este, aunque narra en primera persona, es un personaje que permanece más allá del lector, detrás del autor mismo, personaje que éste no describe, que el lector cree y siente conocer, pero que tampoco puede concretar en la figura física del autor.

El águila y la serpiente, publicada por primera vez en Madrid, en 1928, obtuvo un éxito singular desde el primer momento, habiéndose sucedido las ediciones españolas hasta 1936 y, después, las mexicanas. Al mismo tiempo era traducida al inglés, al francés, al alemán y al italiano.

Es la novela de un joven universitario, un estudiante de Derecho, que abandona la ciudad de México en la que ha vivido, para unirse a la Revolución. Observa el protagonista las reacciones y la conducta de los personajes, reconoce la diversidad de sus motivaciones y logra penetrar —quizás no siempre— en la profundidad de su drama. Y descubre una verdad fundamental: la revolución no es el movimiento de los hombres de letras, de las clases cultas, sino, antes bien, la insurgencia del pueblo, del hombre iletrado, pero que vive profundamente los males de la nación. La fuerza revolucionaria está en ellos y, precisamente, en su barbarie, en sus actos teñidos por la crueldad y el heroísmo está el vigor de esta lucha, capaz de transformar las instituciones y de crear un nuevo sentido de patria. El joven letrado teme, en un principio, las consecuencias de este descubrimiento; después se entrega, a impulsos de su liberalismo, a estas fuerzas ciegas y evidentes a la par, creadoras de un nuevo orden de cosas.

Martín Luis Guzmán hace una pausa. Pensamos en las reflexiones, dudas y críticas que el protagonista de *El águila y la serpiente* expresa a lo largo del libro: dudas y reflexiones que por momentos le erigen en severo crítico de los hombres de la Revolución.

—El joven intelectual no puede negar su origen, ni su cultura, ni sus ideales. La conducta de los jefes revolucionarios suscita en él sentimientos e ideas que entran en conflicto. Si es verdad que, al producirse la Convención de Aguascalientes, en lo formal está con las fuerzas de aquélla, íntimamente está con Villa. En la disyuntiva de servir o de inhibirse, decide colaborar con el gobierno de Eulalio Gutiérrez, como Secretario de su Ministro de Guerra; pero al ocurrir la ruptura entre Villa y Gutiérrez, se decide por aquél. Así es como regresa al lado del jefe de la División del Norte, y a quien le servirá en calidad de primer secretario. Y cuando se define el triunfo del Primer Jefe, Venustiano Carranza, el joven decide abandonar el país.

—Había un problema ético esencial en este tratamiento de la Revolución que no puede olvidarse, y que aumentaba su dificultad. Pues, ¿hasta qué punto el apego a los detalles y a la anécdota bárbara, enturbiaba la visión de los acontecimientos en su proyección histórica? ¿Hasta qué punto la proximidad de los hechos y de los personajes ocultaba su sentido?

Ante la actitud meditativa de Martín Luis Guzmán pensamos en ese inmenso lienzo que es *El águila y la serpiente*; en la riqueza de las situaciones descritas por su ágil y limpia pluma, con lenguaje accesible y llano. Desfilan ante nosotros las imágenes de los hombres que con sus proezas fecundaron el suelo revolucionario. Martín Luis Guzmán está detrás, inmóvil, repasando en su memoria, quizás como nosotros, hazañas de crueldad y de sublime desprendimiento. Villa, con sus raptos de amor al vencido, su dedicación paternal a sus *muchachos*; Fierro con su frío ánimo homicida y su admiración ante el heroísmo de las víctimas; tantos y tantos más, hombres del pueblo que combatieron las lacras del México dictatorial; y, sin embargo, que alimentaron otras. Cabalgata de epopeya, de tragedia que se proyecta en la inmensidad del tiempo y de la distancia.

La sombra del caudillo.

En 1929, un año después de *El águila y la serpiente*, publica *La sombra del caudillo*, también en Madrid, donde el autor había fijado su residencia. En esta novela presenta Martín Luis Guzmán el problema de la sucesión presidencial revolucionaria, y tuvo éxito no menor que la primera. Ha sido traducida al francés, al inglés, al holandés y al checo.

El intento de Venustiano Carranza de defraudar al pueblo con la sucesión, habiéndose propuesto sentar en la silla presidencial al general Ignacio Bonilla, cerrando el paso al general Obregón, es en parte su asunto. Martín Luis Guzmán, con síntesis extraordinaria por su fuerza, ha reflejado la corrupción imperante en ese régimen. El Ministro de Gobernación actúa en la novela como más adelante actuó Obregón contra sus opositores. El pathos es la conducta del Primer Jefe que pone de lado a los hombres que más títulos tenían para asumir el mando al terminar aquél su período de gobierno. Carranza había eliminado la oposición de Villa, la de Emiliano Zapata, los mayores peligros para la estabilidad de su régimen, y eliminaba a sus mejores colaboradores a quienes corrompía y desairaba.

—El gobierno de Carranza y el de su sucesor, Obregón dieron un alto a los cambios revolucionarios. Se debe recordar que si bien aquél dió los primeros pasos en el terreno de la organización bancaria y financiera, no intentó en cambio la distribución de la riqueza nacional. La reforma agraria sólo sería iniciada por Calles y con Cárdenas recibió el impulso necesario para modificar las bases de la producción. Este impulso no se detuvo en los tres gobiernos que le sucedieron y continúa hoy...

La sombra del caudillo es, sin duda, la mejor novela de la Revolución. Sus personajes adquieren la dimensión y el valor del símbolo, a pesar de su naturaleza compleja. Mezcla de grandeza y de miseria, de bondad y de crueles raptos, participan en una lucha de vertientes oscuras de abismos profundos con aristas luminosas en las mayores tensiones dramáticas. Espejo de las sociedades de esos años, mantiene una vigencia impresionante en los vaivenes del poder revolucionario.

Los años de España.

Publicó después la excelente biografía histórica, *Mina el Mozo* (Madrid, 1932), y la novela *Filadelfia, paraíso de conspiradores* (Madrid, 1933).

Doce años permaneció Martín Luis Guzmán en España. Su pensamiento claro, de perfiles netos, se abrió paso en el periodismo y la literatura. En el *Café Regina*, donde se reunía la Peña de escritores y artistas de más nombre en los años de 1920 al 1930, conoció a don Manuel Azaña, a quien desde entonces le ligó profunda amistad.

—No, no es verdad, puede usted decirlo, que haya sido yo su secretario, ni oficial ni privado, —nos dice—. Esa es una leyenda...

Martín Luis Guzmán recuerda la tertulia con calor. Ahí estaban don Ramón del Valle Inclán, Enrique Díez Canedo, uno de sus más sagaces críticos; Luis Araquistáin, Luis G. Bilbao, Juan Echevarría, Juan José Domenchina. Fueron

años de intensa actividad periodística. Editorializa en *El Debate*, dirige *El Sol*, entrega artículos a *La Voz*.

—Nadie como don Manuel Azaña ha escrito mejor español —afirma en tono reflexivo— desde los tiempos del grande don Francisco de Quevedo.

Participa en la lucha por la república, en los luctuosos días de Primo de Rivera. Como los mejores españoles, Martín Luis Guzmán está en asonadas y protestas.

—Recuerdo que acudimos a recibir a don Miguel Unamuno, en los finales de 1930, en la Estación del Norte. Volvía de largos años de destierro en Portugal y Francia. Se reunió una muchedumbre de estudiantes y obreros. Don Miguel descendió del coche y quedó entre los brazos de la multitud que lo aclamaba con júbilo desafiante. Entre el que habla y alguien más, que en este momento no recuerdo, libramos a don Miguel, del abrazo del público, conduciéndolo sano y salvo al automóvil que le llevaría a su alojamiento.

Al caer Primo de Rivera se intensificaron los actos públicos de protesta, aumentaron las exigencias populares contra la monarquía. Estaban próximos los comicios municipales. Una manifestación de estudiantes universitarios fué dispersada por la Guardia Civil. Martín Luis Guzmán, que participaba con otros intelectuales, fué detenido.

—Ocurrió algo, para mí de significación, revelador de una actitud que viene de mi padre y se prolonga en mis hijos. —Hace una pausa—. Fuí conducido al cuartel de la Guardia Civil. Se me hicieron las preguntas de rigor. El oficial de guardia inquirió: “¿Su nombre?” “Martín Luis Guzmán”, respondí. El oficial levantó, airado, la cabeza, lanzándome una mirada furiosa —“¿No puede ser!” “¿Cómo? —pregunté a mi vez, azorado— Yo soy Martín Luis Guzmán”. “No, señor —insistió el oficial—. Martín Luis Guzmán está detenido ya desde hace horas!” Fuí internado en un separo, ocupado por otros, manifestamos. Y, era verdad, tuve la sorpresa y la satisfacción de encontrar a mi hijo, Martín Guzmán West, quien había sido detenido en la misma circunstancia.

Como los preclaros hombres de la generación del 98 español, Martín Luis Guzmán dió su energía y su talento a la República. Como escritor y periodista, y como otros muchos mexicanos, participó en la gesta española. No hacía con esto más que devolver a España lo que ella dió con generosa abundancia en las guerras de la Independencia, de la Reforma y de la Revolución.

Memorias de Pancho Villa.

De regreso en México, en 1938, publica *El hombre y sus armas*. Al año siguiente aparece *Campos de batalla*, en 1940 los dos libros, *Panoramas políticos* y *La causa del pobre*, que integran con el quinto y último libro, *Adversidades del bien*, las *Memorias de Pancho Villa*, que reunió en posteriores ediciones en un volumen de más de 900 páginas.

Esta es la historia de la revolución a través de la lucha de la División del Norte, particularmente desde 1910 hasta que en 1914 se afianza el movimiento gracias al esfuerzo, no siempre concertado, de los grandes caudillos: Zapata, Villa, Eulalio Gutiérrez, Felipe Angeles, etc. Novela y biografía, historia docu-

mental y viva, Martín Luis Guzmán logra aquí las mayores excelencias de lenguaje: el castellano limpio de todo barbarismo, cobra la virtualidad del habla mexicana popular. Aquí no es Martín Luis Guzmán el protagonista, como en *El águila y la serpiente*, sino Pancho Villa, con su lenguaje típico, sus reacciones sorprendentes, sus complejas motivaciones y su conducta firme, irrevocable.

Las Memorias no son narración anecdótica. Se desenvuelven en orden cronológico y sistemático. En ella se da la historia interna de la Revolución y de sus grandes batallas: el asalto a Ciudad Juárez en 1911 y la captura de esta plaza en 1913 por las fuerzas villistas. Las grandes batallas de Tierra Blanca, Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredón, Zacatecas, Celaya y otras más que hicieron la epopeya revolucionaria, son descritas con tintes realistas, vivacidad de color, y hondura de drama popular.

—La materia, el asunto de mi creación —nos dice— es la lucha del pueblo mexicano por darse una forma de vida que le permita avanzar en procura de su bienestar. Materia esta la más noble y rica que pueda ambicionarse, porque en ella el escritor trabaja con la vida misma.

Le miramos con admiración no oculta. Es él un hombre que ha creado con la mayor fidelidad para el pueblo mexicano.

—Si, el impulso es estético, transformar en obra de arte la acción del hombre, sus luchas, sus pasiones, sus anhelos. Pero la herramienta, lenguaje y estilo, no son para mí menos importantes. Trabajo mis textos una y otra vez.

Pensamos en su lenguaje vivo y plástico, en la perfección de sus períodos, su expresión que siendo en *las Memorias*, popular y regional, es un vehículo cabal de las ideas, medio que trasmite con fidelidad las emociones y los pensamientos.

—Desde mi juventud amo la claridad de pensamiento. Huyó de las formas confusas que pretenden disfrazar su vaciedad con el juego abigarrado de las palabras. Mis estudios en la Preparatoria me sirvieron mucho, en especial los de matemáticas y de otras ciencias exactas.

La vieja casona que aloja a la redacción de *Tiempo* se ha llenado de silencio. Están quietas las máquinas. Se ha marchado la secretaria del director. Guillermo Guzmán West espera a su padre. Nos despedimos. En las calles de General Prim y de Bucareli nos envuelve el bullicio en el aliento de la gran ciudad.

COMO ES CUCHA R LA MUSICA

Por Manuel MICHEL



movimiento. Nuestra dependencia del ritmo es mecánica, automática.

Tuvieron que pasar muchas generaciones para que del ritmo se pasara a la melodía, y de ésta a la armonía. Incluso los instrumentos con los que el hombre produce la música han evolucionado. En la actualidad estamos ya muy lejos de los idílicos tiempos de la flauta de Pan, de las siringas con las que los faunos atraían a las ninfas y a las náyades en los bosques. Ya Orfeo no pasea su amargura y el dolor de su pérdida Eurídice, produciendo la dulce música con la que amansaba a las fieras. Estamos en la era electrónica del radio, de la música grabada, de los aparatos de alta fidelidad, de sonido estereofónico. Además, contamos con salas de conciertos en los que unos señores se sientan con sus instrumentos, y enfrente de ellos otros —sin instrumentos— los escuchan.

Oímos hablar de Haydn, de Mozart, de Beethoven, de Palestrina, de Boccherini, e incluso escuchamos su música. Y a la pregunta “¿Te gusta la música?”, generalmente corresponde una estereotipada respuesta: “Me gusta mucho, pero no la entiendo”. Entender la música no es captarla como un lenguaje directo, como la idea concreta posible de resolverse en palabras, sino que lleva implicaciones más sutiles. La música ha sido siempre eminentemente expresiva, incluso antes de convertirse en un arte. Pero su expresión es más sutil que las palabras, llega más allá del mero mensaje

EL hombre es un animal musical. El ritmo fascina al hombre; basta escuchar, por ejemplo, los sonos de un tambor o de un tepalcates, para que sintamos moverse en nuestra sangre, toda en ebullición, una voz atávica que nos impulsa hacia el